# Discurso del idiota

JOSÉ CARLOS ROVIRA

Fue el gran Julio Cortázar quien creó un discurso moral, al final de sus días, sobre su condición de «idiota». Era una broma, al comienzo de su libro «Nicaragua tan violentamente dulce» (1983) en la que narraba una anécdota: «Una noche, creo que en Torún, cuna de Copérnico, el pintor Matta me vio llegar y me saludó, diciéndome: "¡Ah, aquí está el idiota!". Me quedé un tanto helado, pero la explicación vino en seguida: "Te llamo idiota como lo llamaban al príncipe Mishkin, porque a ti te ocurre como a él, metes el dedo en la llaga con la mayor inocencia, y estás siempre alarmando a la gente porque dices las cosas más inapropiadas en cualquier circunstancia, y sólo algunos se dan cuenta de que no eran de ninguna manera inapropiadas. Tú entretanto no entiendes nada de lo que pasa, igual que el príncipe de Dostoievski..."».

Aquella anécdota la convirtió Cortázar en un programa de comportamiento cada vez más necesario en un tiempo final en el que radicalizaba sus mensajes sobre América Latina: aparte del libro citado, fue el momento de escribir «Argentina, años de alambradas culturales». Tengo en el mismo aprecio al Cortázar de la imprescindible «Rayuela» como al que descendió en el terreno de la historia a todos los combates que por aquellos años se estaban dando en América y en el mundo. Vamos a resumir lo que estaba pasando: se intentaba blindar en el terreno de la cultura un discurso neoliberal que pretendía aniquilar las ideas que habían sostenido procesos de transformación en todo lo que llamamos América Latina. Golpes militares y dictaduras habían puesto años antes un dique a pueblos que habían decidido transformar sus relaciones sociales para deshacer el control oligárquico de las mismas. La historia posterior de aquel periodo fue que casi todo lo que había sido controlado parecía que se estaba abriendo a la libertad.

En 1996, Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa, con prólogo de don Mario, el papá del último, publicaron un libro que tuvo todo el impulso mediático que las circunstancias exigían: se trataba del «Manual del perfecto idiota latinoamericano», que era una crítica ácida y profundamente reaccionaria a los estímulos culturales de toda una época que planteó transformaciones. En última instancia, el «idiota» era el que había hecho de la crítica a los Estados Unidos un espacio de afirmación cultural y latinoamericana.

En 2007 va a aparecer –puesto que hasta mayo no es asequible en España, con lo que ahora mismo estamos ante una campaña propagandística desde diferentes medios– «El regreso del idiota latinoamericano», con los mismos autores y el mismo prologuista y, por el anuncio que este último ha realizado mediante artículos en periódicos de España, Europa y América, mucho más ácido en su concepción: los «idiotas» principales han crecido (ya no es sólo el cubano Castro, sino que le acompañan el venezolano Chávez y el boliviano Morales, y lo son a veces el ecuatoriano Correa o el argentino Kirchner) los que constituyen una «izquierda carnívora», que se contrapone a una aceptable «izquierda vegetariana», representada por la que ha entendido la necesidad de mantener el capitalismo (para ellos, la chilena Michelle Bachelet, el brasileño Lula da Silva, el peruano Alan García, el uruguayo Tabaré Vázquez, junto a la derecha seria del colombiano Uribe y el mexicano Calderón).

> «Manual del perfecto idiota latinoamericano» era una crítica ácida y profundamente reaccionaria a los estímulos culturales de toda una época que planteó transformaciones

La nómina de «idiotas» europeos y norteamericanos acompaña como comparsa a los anteriores: Ignacio Ramonet, Noam Chomsky, Harold Pinter o el español Alfonso Sastre, resume don Mario, son los ejemplos más destacados.

El panorama empieza a ser de todas formas inquietante para los combativos autores que esperan que su libro sea un nuevo «best seller» y concluye su presentación don Mario Vargas con inefable lenguaje: «En América Latina, al menos, hay una cierta forma de idiotez ideológica que parece irreductible. Se le puede ganar batallas pero no la guerra, porque, como la hidra mitológica, sus tentáculos se reproducen una y otra vez, inmunizada contra las enseñanzas y desmentidos de la historia, ciega, sorda e impenetrable a todo lo que no sea su propia tiniebla».

Nos faltaba la hidra. Otra vez la hidra. Sólo en el terreno literario, prefiero la «idiotez» del personaje de Dostoievski y sus fracasos, la sinceridad imprudente de Cortázar, a la miseria neoliberal de los que otra vez, a comienzos del siglo XXI, utilizan el tópico tan antiguo, tan poco original, de la hidra, tan apegada al lenguaje atemporal de la derecha histórica, sobre todo de la más estúpida. ❑

**José Carlos Rovira** es catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Alicante.